

documentos

HISTORIOGRAFIA CHILENA: BALANCE Y PERSPECTIVAS

Actas del seminario de historia de Chile
(sur, julio - noviembre, 1985)

RESUMEN DE ACTAS¹

SESION I:

LA BUSQUEDA DE UNA NUEVA HISTORIOGRAFIA

Expositor: Gabriel Salazar

Es indudable que, en los últimos 12 ó 15 años, Chile ha ingresado en un período que podría denominarse de *ruptura histórica*². Un cierto número de tendencias económicas, políticas, sociales y culturales, que se habían estructurado en lapsos de mediana y larga duración, han sufrido quiebres y alteraciones significativas. A consecuencias de ello, los actores sociales se hallan sobre un "nuevo piso histórico", situación que les ha obligado a retomar conciencia de su posición y a readecuar la dirección de sus movimientos particulares. En este contexto, la conciencia histórica se ha intensificado, y con ello, el interés por la observación historiográfica. De aquí ha resultado el desarrollo de un cierto número de líneas de investigación que, en conjunto, parecen haber echado las bases para un nuevo movimiento historiográfico. Se observa, por ejemplo, un desarrollo significativo en áreas como la historia ur-

bana, demográfica, de la tradición oral, económica, general, siendo de especial relevancia el caso de la nueva historia política, de los movimientos sociales y la de difusión popular. En general, podría decirse que este desarrollo reproduce, aproximativamente, el movimiento de la historiografía europea reciente, en el sentido de pasar de una fase erudito-filológica a otra de historia económico-social (cuantitativa), y de ésta al integralismo de la *historia social*³. Sin embargo, pese a la posición más prominente que hoy ocupa en el concierto de las ciencias sociales (o *humanas*), la nueva historiografía chilena parece no haber resuelto del todo el problema de "los supuestos teóricos" sobre los cuales tiende a reposar, mientras que el amplio bagaje de métodos y técnicas de investigación que hoy utiliza no encuentra aún su "articulación global". En función de esto, parece importante discutir un balance de la historiografía chilena, sus tendencias principales, y su actual posición con respecto a los "sistemas teóricos" que fueron o que son dominantes. Estos son los objetivos del Seminario.

DISCUSION

En general, los asistentes al Seminario concuerdan en la idea de que se está viviendo en un período de *ruptura histórica*⁴, y que esto ha determinado un conjunto de distintas aproximaciones al estudio del proceso social. Para Armando de Ramón, por ejemplo, eso ha significado cotejar la "historia universitaria" con un alumnado que vive una realidad dramáticamente ajena; la investigación académica trabaja sobre "lo irreal", siendo el contraste lo suficientemente fuerte como para obligarlo a replantear su posición frente a la Historia. Para Angelica Illanes, en cambio, la "ruptura" parece haber liberado a los actores sociales no sólo del dominio de "las estructuras", sino también

* Coordinador: Gabriel Salazar

1 Las actas fueron tomadas por el Coordinador, quien también las transcribió resumidas para este texto. Cualquiera tergiversación de lo dicho por algún expositor o participante debe ser atribuida, pues, a la subjetividad del Coordinador.

Participaron en el Seminario: Bengoa, José; Cruzat, Ximena; Devés, Eduardo; Espinoza, Vicente; Faletto, Enzo; Gazmuri, Cristián; Garcés, Mario; Gómez, Juan Carlos; Horvitz, Eugenia; Illanes, Angelica; Muñoz, Oscar; Mellafe, Rolando; Moulian, Tomás; Múlos, Pedro; Phillippi, Luz; Portales, Ana María; Ramón, Armando de; Riquelme, Alfredo; Salinas, René; Salazar, Gabriel; Tironi, Ana; Torres, Isabel; Valenzuela, Edo.; Valdivieso, Patricio; Serrano, Sol; Stabili, María Rosaría, y varios alumnos de Historia de las universidades de Chile y Católica, cuyos nombres no fueron registrados.

del de las "construcciones teóricas", lo que ha permitido al historiador "dejar hablar a los sujetos reales". Sin embargo, la mayoría de los asistentes se sintió insegura acerca de la existencia de un "nuevo movimiento historiográfico" en Chile. Alfredo Riquelme estimó que existía, más bien, una fragmentación, sin que se diera una tendencia hegemónica; las nuevas temáticas históricas se hallan fuertemente "cruzadas por los requerimientos inter-disciplinarios"; mientras que más allá de esto, lo que existe es, aún, mera "ideología". Pedro Milos estimó que los "nuevos" historiadores se descuelgan, de hecho, desde diferentes perspectivas. A esto Sol Serrano añadió que el desarrollo historiográfico parece realizarse al ritmo de distintas generaciones, donde cada una realiza avances pero no completa su "ciclo"; de este modo, permanece una suerte de "pluralismo", donde cada investigador apenas conoce o se integra a lo que hace "el del lado"; lo cierto es que el proceso de desarrollo de la nueva historiografía en Chile está aún "muy verde". Se concluye que, en general, la situación requiere de un mayor análisis.

SESION 2:

ALGUNOS DESARROLLOS RECIENTES

DE LA HISTORIOGRAFIA INGLESA

Expositor: Gabriel Salazar

"La historiografía chilena ha buscado a menudo en el exterior las fuentes de sus definiciones teóricas y metodológicas". Durante los años 50, fue notoria la influencia de los historiadores y filósofos alemanes, mientras que durante los 60 y tempranos 70 se combinó la influencia de la historiografía francesa de los Annales con la del marxismo estructuralista de la escuela althusseriana. Así, en muchos sentidos, el debate "teórico" nacional ha tendido a reproducir el debate inter-nacional de los países europeos (v. gr.: discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo). La validez "general" de lo teórico y lo metodológico se ha sobrepuesto a las temáticas locales, en lugar de ser lo contrario. ¿Ocurrirá lo mismo con la nueva —y brillante— nueva historia "social" inglesa? En Inglaterra han existido, recientemente, dos desarrollos historiográficos de significación para países como Chile: a) la historia del desarrollo del capitalismo internacional (incluyendo los países de industrialización tardía), ejemplificada en los trabajos de Tom Kemp, y b) la historia social del movimiento popular inglés, especialmente de su fase de gestación, área en la que han sobresalido los estudios de E.P. Thompson. En realidad, desde que en 1959 E.J. Hobsbawm publicara su *Primitive Rebels*, la historia social del bajo

pueblo inglés no cesó de progresar, al añadirse los trabajos de G. Rude (1964), E.P. Thompson (1964), C. Hill (1972) y R. Hilton (1973), entre otros. En general, este movimiento historiográfico surgió como reacción frente a las historias teóricas sobre el desarrollo del capitalismo y frente a las distintas manifestaciones teóricas del stalinismo (entre las que se incluye el estructuralismo de Althusser). En oposición a ello, resalta el potencial dinámico de "lo social" y una epistemología basada en "la experiencia" grupal. De aquí su tendencia a resaltar "tipos sociales" y los movimientos populares de base. Mantiene, en general, la vigencia del discurso teórico, pero no referido ya a las abstracciones propias del sistema económico, sino a la amplia gama documental propia de la historia social de los grupos más pobres. Es una historiografía que tiende a militar en los movimientos sociales amplios que se proyectan contra los macro-sistemas del mundo contemporáneo. Critica el marxismo teórico y subraya más bien el marxismo en tanto que método. Sobre el marxismo académico inglés, E.P. Thompson escribió: "en el muy celebrado renacer del marxismo en Inglaterra durante las dos últimas décadas, una montaña de pensamiento no ha engendrado todavía un ratón político". Otros autores, como G. McLennan o A. Kallinikos, dudan que la historia social —a la Thompson— pueda superar la fragmentación actual del marxismo teórico.

DISCUSION

Algunos asistentes (Patricio Valdivieso y René Salinas) sostienen que podrían señalarse aun "otros" desarrollos interesantes dentro de la historiografía inglesa reciente. Sin embargo, la mayoría consideró que la contribución de la historia social inglesa, y, en especial, la de E.P. Thompson, había sido un hito decisivo en la reformulación de su pensamiento historiográfico. José Bengoa expresa que nuestra dependencia teórica y metodológica de las contribuciones externas es un hecho alarmante, aunque en el caso específico de E.P. Thompson, es preciso reconocer que esta vez se "sale de lo tradicional"... ¿se trata de una nueva moda? Alfredo Riquelme e Isabel Torres señalan que, para ellos, la lectura de Thompson había sido una "experiencia liberadora", destacando de un modo especial la redefinición del método (el "diálogo entre hipótesis y dato empírico") y la importancia que se concede al "sujeto" con respecto a las estructuras. Sin embargo, hay ciertos riesgos: que por dejar hablar a los pobres no se considere el conjunto social, ni se dé validez a las "situaciones objetivas". En el mismo sentido se expresan Angélica Illanes y Tomás Moulian, que ven en la contribu-

ción de Thompson una manifestación de la "gran teoría", no por cierto de la teoría sistémica, sino de aquella que proporciona al individuo o al grupo las herramientas necesarias para identificar su relación con la "totalidad". Patricio Valdivieso e Isabel Torres destacan, por su parte, la importancia del historicismo y de ver la realidad no estáticamente, sino en su movimiento. Tomás Moulian, José Bengoa, Angélica Illanes y Ana Tironi se refieren luego al problema de que, en el análisis del movimiento histórico, una forma corriente de conceptualización es recurrir a los encuadramientos "teleológicos", a los finalismos históricos, formas normales donde se estanca el pensamiento teórico y con respecto a las cuales el dato documental y empírico no encuentra una inserción natural. ¿Cómo se aplica allí el principio de la refutabilidad? ¿Cómo se valida lo metodológico? ¿Qué pasa cuando las teleologías se quiebran? Sin duda, tras este quiebre, queda lo social, pero la búsqueda social ¿no lleva a una nueva teleología? Alfredo Riquelme recalca, sin embargo, que se está viviendo en un evidente período de "ruptura histórica". El problema, pues, sigue abierto...

SESION 3:

LA HISTORIOGRAFIA CONSERVADORA EN CHILE: PASADO Y PRESENTE

Expositor: Cristián Gazmuri

Es indudable que la "historiografía conservadora" ha tenido, en Chile, un éxito de librería. Se ha creado un mito en torno a su trabajo, y las Fuerzas Armadas, sin duda, forman parte de ese mito. Entre los creadores de esta escuela cabe citar a Alberto Edwards, Francisco A. Encina, Jaime Eyzaguirre, Gonzalo Vial y Mario Góngora. El más influyente fue, tal vez, el primero de los nombrados. En general, todos estos historiadores toman sus conceptos básicos y parte de su metodología de O. Spengler, con algunas variantes entre uno y otro. Por lo tanto, en ellos, "la intuición y la analogía" juegan un rol metodológico prominente, del mismo modo que el concepto de "forma"; de aquí que, de un modo u otro, todos tienden a desarrollar una historia ensayística (con la excepción, tal vez, de M. Góngora). Para todos ellos el concepto central de su visión de la historia chilena es la evolución del "Estado en forma", cuya decadencia inexorable después de 1861 ha tenido mucho que ver —sobre todo en el siglo XX— con el desarrollo de la democracia. Todos son, en alguna medida, pro-autoritaristas y anti-demócratas. En el fondo, tratan de observar la evolución del "alma nacional", cuyas leyes de desarrollo son de tipo organicista-vitalista, fatalista y aristocratizante. Confunden la idea de "nación" con

la de "aristocracia". En algunos de ellos, el "alma nacional" está ligada a concepciones racistas o a una mentalidad cultural de tipo religioso. Su particular forma de poner énfasis en "lo nacional", les lleva a tomar una posición relativamente neutral (excepto en Encina y, tal vez, en Eyzaguirre) respecto de la dominación del capital extranjero. Gonzalo Vial retoma hoy esta tradición, reactualizándola y subrayando, en lo esencial, sus mismas ideas; en especial, aquella que señala que el "consenso social" que existía antes de 1891 se rompió por esa fecha, iniciándose entonces la "decadencia" en la que, hasta hoy, estamos sumidos...

DISCUSION

Los asistentes se refieren a las diferencias particulares que existieron entre los historiadores conservadores. Sol Serrano, por ejemplo, destaca la tendencia modernizante de Encina y Edwards, la que no estaba presente en Eyzaguirre. Cristián Gazmuri agrega a esto que, en varios sentidos, Mario Góngora se aparta de la línea central de esta escuela, pero no es menos crítico que los otros frente al siglo XX, en realidad, es un historiador aterrado por el mundo contemporáneo. Ana Tironi se pregunta cómo —considerando lo dicho— ha sido posible que esta escuela se haya hecho "sentido común" en Chile. Cristián Gazmuri destaca, en este sentido, la dependencia de estos autores de los historiadores más notables del mundo europeo, así como la proclividad de la clase media chilena a aceptar ideólogos como los autores mencionados. El Coordinador interviene para recalcar la legitimación que esta escuela ha hecho del método filológico, la variedad de géneros historiográficos que ha practicado (en especial, las *historias generales*) y su estilo de exposición (que mezcla la narración erudita con la anécdota, prefacios de filosofía historizante con párrafos de elocuencia parlamentaria), con esos elementos se ha adueñado de la "historia académica, universitaria" y ha construido un —otro— "monumento nacional" que, en conjunto, componen una "presencia" intimidatoria, en especial para los historiadores jóvenes. Alfredo Riquelme agrega que el pensamiento conservador, refugiado en los autoritarismos de derecha, tiende a reaparecer y reactualizarse, y así continúa "administrando" la historiografía del país. Angélica Illanes piensa que, en rigor, esa es una historiografía de tesis acerca de su (de la "derecha") destino y de su propia tragedia; en este sentido, la historiografía alternativa no ha sabido contraponerse a esa práctica, al concentrarse en sólo algunos aspectos particulares y algunas etapas; hay que atreverse a hacer, de una vez, gran historia. En el mismo sentido se pronuncia

Pedro Milos, que cree que la historiografía conservadora de hoy está más politizada que antes, pero en una situación de mayor precariedad, pues depende, a estas alturas, de una institucionalidad que no se sostiene más a sí misma. Cristián Gazmuri agrega que el "*consenso social*" de que habla Vial, era sólo un consenso oligárquico de dominación, que después de 1950 se desarrollaron 3 proyectos recíprocamente excluyentes, y que hoy estamos en algo distinto...

SESION 4: LA INTERPRETACION MARXISTA (CLASICA) DE LA HISTORIA DE CHILE

Expositor: Gabriel Salazar, en sustitución de Eugenia Horvitz.

Proponer a un Seminario, en el momento actual, la discusión de la *'historiografía marxista chilena'*, puede significar o un inoportunismo o un anacronismo; y en todo caso, un motivo para preguntar, junto con A. Kallinicos: "*¿hay algún futuro para el marxismo teórico?*" Pues no tendría relevancia plantear ese tema sólo para rendir un homenaje (póstumo) a los historiadores marxistas chilenos que florecieron entre 1948 y 1973, o para discernir su lugar en el parnaso de los historiadores chilenos (en vista del olvido a que han querido relegarles algunos de esos colegas), o para sepultarlos piadosamente en su etapa '*primitiva*'. En muchos sentidos, el marxismo chileno —es decir, como construcción local, no como mero legado— se confunde con la obra de esos historiadores (Hernán Ramírez, Julio César Bobet, Marcel Segall, Luis Vitale, etc.), pero también con la evolución del marxismo teórico internacional. El balance de su obra debe realizarse, pues, tanto en función de su aporte propiamente historiográfico como en función del desarrollo teórico general del marxismo. Resulta indisoluble, en este sentido, el problema de lo que se ha llamado "*la crisis del marxismo contemporáneo*". Esta crisis fue detectada por la mayoría de los más grandes teóricos del marxismo moderno (L. Althusser, R. Rosanda, P. Sweezy y R. Debray, entre otros) en una serie de seminarios realizados en Europa en los años 70 y comienzos de los 80 (sobre todo en el de Venecia, en 1977). Aunque la crisis abarcó varios niveles, el consenso mayor se dio en el sentido de que "*la crisis teórica ha consistido en el colapso de la 'obsesión filosófica' que atacó al marxismo europeo durante los últimos 25 años, en especial, a la corriente althusseriana*". En cierto sentido, el marxismo se revitaliza de un modo negativo, es decir, sobre la base de la crítica a Althusser (caso de M. Foucault, E.P. Thompson, B. Hin-

dess y P. Hirst, entre otros), en una suerte de "*post-marxismo*". En vista de ello, otros autores (A. Kallinicos y G. McLennan, por ejemplo), se han dado a rescatar un "*marxismo mínimo*", el cual se expresaría por una relevación del método (G. Williams), o por referir el materialismo dialéctico a los procesos históricos (Hindess & Hirst), o bien por un "*reacción socio-historiográfica contra el imperialismo filosófico*" (E.P. Thompson). La historia retoma, en todas las variantes, un rol central. ¿Qué se puede decir de los historiadores marxistas chilenos ("*clásicos*") ante este proceso? Que su trabajo constituyó un esfuerzo germinal por fundar una forma local de marxismo, que consistió, originalmente, en "*ilustrar*" el marxismo ortodoxo con ejemplos históricos locales, combinándolo al mismo tiempo con las expresiones ideológicas de la izquierda doméstica. Haciendo esto, lograron desarrollar una forma alternativa y contestataria frente a la "*historiografía erudita*" (Jobet), particularmente a través de las "*síntesis interpretativas*". Trabajaron en especial el tema del imperialismo y el del movimiento obrero. Se concentraron en coyunturas como la de 1891, descuidando otros aspectos importantes (industrialización, clases medias, el Estado, etc.). En general, su trabajo contribuyó a formar una o dos generaciones de izquierdistas. Pese a ello, los historiadores académicos de dentro y fuera del país concuerdan con el juicio de S. Collier: "*versiones marxistas crudas y simplistas*". Dado todo lo anterior, plantear la revitalización de la '*historiografía marxista*' en Chile es apuntar a un problema difícil, debido a la crisis de "*las formas crudas*", del marxismo "*objetivista-legalista*" (stalinista), de la "*obsesión filosófica*" y a la precariedad que todavía ostenta el "*marxismo mínimo*". Aparentemente, los marxistas chilenos necesitan más empararse de la propia realidad local que leer o re-leer las afirmaciones y negaciones sucesivas de la gran teoría...

DISCUSION

Tomás Moulin señala que la exposición que ha oído "*se le atragantó*"; pues, para él, el marxismo ha vivido en "*una permanente crisis*", lo que le ha permitido renovar sus paradigmas; lo nuevo de la crisis actual parece ser la aparente inutilidad del marxismo; pero lo importante es preguntarse por el marxismo de los historiadores marxistas, en especial, por sus métodos; en cuanto a los historiadores marxistas chilenos, éstos trabajaron según les permitía su época, y de hecho reaccionaron frente a la historiografía dominante; debería agregarse a la lista los nombres de Carmen Castillo y Mattelart; permanece una vigencia del marxismo, especialmente como "*sensibilidad frente*

a los problemas históricos", en este sentido, concuerda con la idea de un "marxismo mínimo". María Rosaria Stabili señala que las crisis reafirman la teoría marxiana, y que concuerda con algunas manifestaciones del "marxismo mínimo". En el mismo sentido se plantea Isabel Torres, precisando que el marxismo opera en muchos historiadores que no se declaran marxistas, pero que usan categorías que sí lo son. Alfredo Riquelme puntualiza que el marxismo nunca ha sido un bloque de acero —de hecho se ha desglosado en numerosas "ondas"— pero, a final de cuentas, permanece como "sensibilidad". Sol Serrano interviene para decir que ella no ve mayores diferencias entre lo planteado por el expositor y lo dicho por Tomás Moulian, pues todos concuerdan en la existencia de "un mínimo" en torno al cual se trabaja. Pedro Milos considera que centrar la discusión en lo teórico para, desde allí, ir a lo concreto, es algo improductivo, que la aproximación a la teoría debería hacerse desde el interior de la práctica historiográfica (y política) de cada uno. Angelica Illanes dice que, en este punto, el problema revierte hacia la "sensibilidad marxista", pero, en definitiva ¿qué es esto? ¿involucra teoría y método? es la historia como ciencia la que está en cuestión, y, sin embargo, aunque esto no está claro, se "hace historia". José Bengoa retoma esta problemática señalando que no le parece claro que el marxismo deba definirse entre un sensibismo y un sistema de relaciones de producción, o entre el individuo y las leyes de las estructuras, como si una praxis sólo pudiera ser 'marxista' si se tomara uno u otro de esos rumbos. Vicente Espinoza señala que el problema no radica en la existencia o no de una historiografía marxista, sino en la validez o no de una teoría liberadora; la teoría académica puede tematizarse en un sentido u otro, pero lo que interesa es abundar en los factores que inciden en la liberación, y esto tiene sentido en Chile. El Coordinador interviene precisando algunos alcances de su exposición, en especial la validez relativa de lo que Paul Sweezy llamó el "marxismo mínimo", que es la forma específica donde tiende a darse lo que se ha llamado el marxismo como "sensibilidad"; pero que eso, en el caso de Chile, no podría darse de otro modo que como sensibilidad hacia el proyecto histórico popular, en el sentido señalado por Vicente Espinoza. Tomás Moulian apunta que, en general, concuerda con las conclusiones del expositor; señala que la "sensibilidad" no basta: se requiere, además del "populismo", una "lógica de necesidad"; si el "marxismo mínimo" elimina esa lógica, perderá mucho del fenómeno esencial. José Bengoa se opone a la idea de que el marxismo pueda monopolizar la teoría de la liberación popular, como pareció sugerirlo Vicente Espinoza...

SESION 5:

HISTORIOGRAFIA MARXISTA Y TEORIA DE LA DEPENDENCIA

Expositores: Eugenia Horvitz y Enzo Faletto

Eugenia Horvitz: Hernán Ramírez y los otros historiadores mencionados (en la Sesión 4) no pueden ser considerados "clásicos" ni, tampoco, "intencionalmente marxistas". ¿Qué significaba ser marxista en 1950? Lo importante es que se rompió con la historiografía dominante, subordinada a los métodos e ideas de Barros Arana. Muchos historiadores rompieron con esa historiografía: por ejemplo, Mario Góngora. Ramírez es otro de ellos. Ambos son rupturistas, sólo que trabajaron en temáticas distintas y con compromisos diferentes frente a la vida real. En verdad, Hernán Ramírez trabajó principalmente con "métodos tradicionales". De hecho, fueron los teóricos de la dependencia los que podrían ser calificados de "marxistas clásicos", puesto que éstos consideraron que en Chile el capitalismo existió desde la época del Descubrimiento. En el fondo, hay un proceso: la ruptura general con el positivismo tradicional, con el objetivo central de la "construcción de un objeto teórico". Los historiadores jóvenes de hoy también rompen con esa tradición, pero tienden a concentrarse en el estudio de "los orígenes". Es preciso estudiar también el problema de los modos de producción y la "historia comparada", al modo como lo hace Marcello Carmagnani.

Enzo Faletto: El problema teórico de "la dependencia" surge vinculado al pensamiento de la CEPAL y a los planteamientos desarrollistas. En este sentido, se habló de "dependencia" como alternativa al concepto "imperialismo-malo de la película", pero sin mucho diálogo con los historiadores. Nos interesó el "proceso histórico", pero la mayoría de los sociólogos y economistas de entonces manejaron "esquemas históricos" más bien que construcciones historiográficas. Buscábamos la singularidad del desarrollo capitalista latinoamericano. La preocupación por lo específico del "desarrollo nacional" llevó a poner de relieve las estructuras políticas, económicas y sociales latinoamericanas, pero en especial el problema de si existía o no una "burguesía autónoma". Habiéndose constatado el estancamiento del crecimiento económico, quedó también en evidencia la marginalización creciente de amplios sectores urbanos y rurales. Al hacer esto, sentiríamos la necesidad de "totalizar el análisis", pero queríamos entender el capitalismo como un proceso histórico más bien que como una modalidad estructural. "Lo histórico" fue entendido, sí, como comprensión de las posibilidades que se abrían a partir del presente más bien que de otro

modo. Estas "posibilidades" se conectaban en el fondo con las relaciones de "poder", lo cual significaba preocuparse por los agentes sociales con capacidad para construir poder. Sin embargo, en general, los desarrollistas tendieron a concentrarse en "las condiciones estructurales para las opciones de desarrollo", problemática en que los agentes históricos no aparecen de suyo con claridad. Nosotros, por el contrario, enfatizamos el rol de esos agentes, pero no llegamos a rematar todo esto con una propuesta política diferenciada. En principio —pensábamos— el poder potencial de los agentes "dominados" debiera acrecentarse si la estructura de dominación (dependencia) se resquebrajaba. Pero al centrarnos en la "reproducción de la dependencia", las rupturas no nos aparecían. Desde 1973-4, se abandonó el tema. Por un tiempo, dominó el tema del "autoritarismo", pero hoy se tiende a volver atrás, sobre todo respecto de la dependencia interior con relación al "capital financiero". Sigue abierto el problema de las "opciones históricas".

DISCUSION

Angélica Illanes pregunta acerca del rol jugado por el "imperialismo negro" en la obra de Hernán Ramírez, y si los teóricos de la dependencia, al no presentar una propuesta política, intentaban dejar campo libre a la acción de los partidos. Eugenia Horvitz responde a lo primero diciendo que Ramírez examinó las relaciones entre la clase dominante chilena y el imperialismo inglés, sin referirse al problema en sí del imperialismo; de hecho, a este efecto, se estuvo a la teoría de Lenin; en otro sentido, el Partido Comunista se identificó más —relativamente— con el desarrollismo que con la teoría de la dependencia, en su esfuerzo por afirmar la identidad nacional. Enzo Faletto, a su vez, responde que ellos se esforzaban por fijar puntos de crítica al desarrollismo, no poniendo énfasis en la idea de "atraso" sino en la de "relaciones económicas exterior-interior, según el modelo histórico visto entre Lima y Buenos Aires durante el período colonial"; considerando la complejidad de esas relaciones, las propuestas "anti-dependencia" que formularon eran ciertamente "voluntaristas". María Rosaria Stabili concuerda con ello, añadiendo que los desarrollistas sí formularon propuestas políticas más especificadas, lo que tal vez les era más fácil por tener a mano el modelo inglés o norteamericano; sin embargo, pese a la riqueza del "análisis histórico" involucrado en la teoría de la dependencia, ella cree que numerosas categorías de análisis permanecieron insuficientemente tratadas, como por ejemplo, la de "burgue-

sía". José Bengoa anuncia que, para él, la teoría de la dependencia (así como, en cierto modo, la Unidad Popular) ha muerto; que, hoy por hoy, cuando Pinochet "nubla" por sí solo casi todo el fenómeno de las relaciones imperialistas, ese marco teórico lo siente como lejano y ajeno. Enzo Faletto, en relación a esto, dice que son las situaciones históricas las que definen la relevancia de "ciertas temas"; de hecho, los temas se constituyen socialmente, y así como en el pasado se buscó "la integración nacional" en función de objetivos de desarrollo, hoy se busca algo distinto: "la identidad de los movimientos sociales" a fin de incidir sobre los procesos. Mario Garcés previene contra los riesgos de reincidir en formas voluntaristas. Enzo Faletto responde que, en cierto modo, por la actual crisis, las masas populares están allí, como disponibles... ¿qué hacer con ellas?; por de pronto, se estudian esos grupos en función de lo que esos mismos grupos pueden hacer, y eso está bien; lo importante sería no caer en idealización. En este punto, la mayoría de los asistentes consideró que las dos últimas sesiones habrían sido sobre-estimulantes y que se requería de otra adicional para concluir la discusión.

SESION 6:

HISTORIOGRAFIA MARXISTA Y TEORIA DE LA DEPENDENCIA (II)

No hubo expositor. El Coordinador resumió lo expuesto y discutido en las dos últimas sesiones.

DISCUSION

Eduardo Devés plantea que, a su juicio, la "teoría de la dependencia" constituyó un intento por "reemplazar" la historiografía marxista, lo que, en definitiva, no consiguió; sus proponentes no fueron científicos sino metafísicos, y sus tesis son a-históricas. Enzo Faletto señala que los historiadores marxistas chilenos recibieron la teoría marxista desde el interior de una tradición ideológica local, que se compuso de lo debatido por los estudiantes del 20, de una sensibilidad formada no leyendo a Marx sino novelas criollistas, y de un humanismo progresista del cual Jobet fue un buen colofón; las temáticas centrales eran la oligarquía y el pueblo; éste fue "el contexto histórico" de los historiadores marxistas. Eduardo Valenzuela apunta que la "historiografía socialista" surgió, más bien, de la frustración del Frente Popular, como un intento por rescatar una "ortodoxia"; en este sentido hubo una recepción directa del marxismo ortodoxo, sin influencia de la tradición, lo que explica su rápida transformación en un "marxismo vulgar". Eduardo Devés sostiene que Jobet

reconoció la influencia de Valdés Canje, Nicolás Palacios y Pinochet Le Brun. Enzo Faletto piensa que, en ese tiempo, era difícil trabajar con el marxismo recibido, puesto que involucraba una difícil reelaboración. José Bengoa se pregunta qué rol jugó en todo eso lo estrictamente político, y por qué esos historiadores se concentraron en la revolución de 1891. Enzo Faletto responde que, en rigor, el análisis histórico del 91 significó pasar de lo político a lo socio-económico, lo que fue un giro de importancia. Eugenia Horwitz insiste en que Ramírez y Jobet eran, en realidad, poco marxistas, *"son historiadores que no se explican sin una referencia a su propio tiempo"*, y en este sentido, militaron siempre por el progreso y la revolución. En este punto interviene el Coordinador para decir que, a su juicio, hay dos formas de examinar la obra de los historiadores marxistas: la primera, *"comprendiéndola"* según el tiempo histórico en que sus autores vivieron; y la segunda, *"evaluándola"* en función de *"comprendernos a nosotros mismos como historiadores en nuestro propio tiempo"*; que, a decir verdad, el objetivo del Seminario es encaminarse en la segunda dirección. Isabel Torres dice que, dentro de la segunda dirección, ella constata como un *"desencanto"*, porque esos historiadores no dieron cuenta historiográfica de lo que plantearon en teoría, y que lo que ellos plantearon puede ser, en consecuencia, criticado y reelaborado. María Rosaria Stabili concuerda con lo dicho por el Coordinador, y en este sentido dice que es en función de nuestro *"propio quehacer historiográfico que debemos entender el marxismo"*; que lo teórico debe levantarse desde problemáticas reales (como el feminismo), pero aquí se tropieza con la dificultad de definir categorías pertinentes: ¿en función de qué variables somos marxistas? Alfredo Riquelme dice que él sospecha de todo lo que postula *"el"* marxismo, que hay muchas variedades de marxismos, y por esto él reacciona contra la afirmación de Eugenia de que Ramírez no era marxista; en rigor, ¿en qué lugar estamos y cuál abandonamos?; hoy no intentamos buscar grandes marcos teóricos, sino conceptos instrumentales para lo que intentamos construir (*"los jóvenes somos más eclécticos y menos apasionados"*), y desde esta perspectiva, los *"marxistas clásicos"* no tienen gran utilidad. Enzo Faletto concuerda con la idea de enfocar críticamente a esos historiadores, pues *"nos metieron en muchos callejones sin salida"*, en parte porque *"eran militantes y probaron tesis partidarias"*; por otro lado, ellos (los teóricos de la dependencia), en el intento por comprender lo específico del capitalismo latinoamericano *"nos dimos de cabezazos con Marx"*, quien no entregaba muchos elementos para eso; en este sentido,

se hallaba más en Weber o Lukacs. Eduardo Devés no concuerda con la idea de *"hacer un juicio histórico a los historiadores marxistas"*, hasta tanto ese juicio no se avale en una *"comprensión"* profunda. Eugenia Horwitz sostiene que, de hecho, *"estamos más atrasados que esos historiadores"*, porque aún no se ha hecho una reflexión teórica sobre la actual práctica científica, y el definir la teoría como *"una caja de herramientas"* no lleva a otra cosa que al positivismo. María Rosaria Stabili cuenta que en Italia, durante los 60, ellos vivieron una crisis sindical y partidaria, y en ese momento *"nos jodía"* una teoría marxista clásica que estaba centrada en la organización... es de la realidad de donde brotan las categorías teóricas.

SESION 7:

EL CASO DE LA HISTORIA DEMOGRAFICA Y CUANTITATIVA

Expositor: Rolando Mellafe

Se va a referir, en lo fundamental, a la *"historia social"*. Sin embargo, en cierto sentido, la historia social no existe, porque o bien *"se trata de la historia, simplemente, ya que toda ella es social"*, o bien, cuando se trata del estudio de *"las clases sociales en el tiempo"*, no es otra cosa que sociología proyectada sobre el tiempo. En todo caso, desde 1975 hasta ahora las temáticas han cambiado, hasta cierto punto, pues han surgido como *"parcelas de historia social"*. Cada una de éstas ha desarrollado una metodología y temática propias. Entre esas *"parcelas"* se puede contar a: 1) la historia de la población y la demografía histórica; 2) la historia económica; 3) la historia urbana (que es un todo de por sí: es historia social y utiliza métodos provenientes de muchas disciplinas afines); 4) la historia de la mujer (que ha arrastrado una serie de temas que antes eran propios de la *"historia social"*: sexo, alcoholismo, familia, prostitución, etc.); 5) historia de la familia; 6) historia de las minorías étnicas; 7) monografías parroquiales (que utiliza sofisticados métodos computacionales), y 8) historia de las clases sociales. Mirada de conjunto, esta historiografía se caracteriza por el empleo de métodos y técnicas más refinados que los tradicionales. La acumulación de información ha permitido iniciar un estudio propiamente historiográfico de las clases sociales, como se observa recientemente.

DISCUSION

El Coordinador pregunta respecto del caso de la llamada *"historia de las mentalidades"*, de la cual se ha preocupado alguna vez el profesor Mellafe. Rolando Mellafe res-

ponde que, en realidad, ésta no es propiamente una parcela, porque de hecho su tema se diluye en las otras historias; en sí misma, es algo esotérico. Angélica Illanes y el propio Rolando Mellafe se refieren luego al hecho de que "las parcelas" han surgido como una necesidad de llenar vacíos de la historia tradicional. María Rosaría Stabili pregunta que, dentro de toda esa gama de metodologías, ¿cuáles son las pertinentes en el caso de la historia de la mujer? Rolando Mellafe responde que ese tipo de historia no tiene metodologías propias, sino que utiliza las que se trabajan en la historia de la familia. Juan Carlos Gómez y Rolando Mellafe se refieren luego al hecho de que el desarrollo de los métodos cuantitativos crea una posibilidad de avanzar en la historia de la "estratificación social". Sobre este punto, José Bengoa señala que cabe distinguir entre la historia social "cotidiana" y la de "los movimientos sociales": que los autores "clásicos" entendieron la historia de la clase proletaria casi en términos "metafísicos", cosa que no ocurre con los historiadores nuevos, aunque éstos necesitan clarificar el alcance de la diferencia. Rolando Mellafe cree que los historiadores marxistas "clásicos" no utilizaron para nada el método cuantitativo, metodológicamente hablando, no fueron más que Alberto Edwards al revés, en cuanto a la historia de lo cotidiano, se cayó antes en el superficialismo de lo pintoresco, pero ahora se quiere ir más a fondo. Ante eso, Isabel Torres se pregunta qué es, realmente, lo que podría llamarse "historia científica". "Me crean o no" — responde Rolando Mellafe — la historia científica, en rigor, no existe; lo que hay son sólo ensayos". El Coordinador interviene para decir que el desarrollo de "las parcelas históricas" ha significado a veces eludir hacer la historia de lo que es globalmente importante, a pretexto de trabajar a fondo "un" tema según "una" metodología determinada; el resultado es una relativa fragmentación del conocimiento histórico, con el riesgo adicional de que muchos historiadores intentan "totalizar su análisis histórico" sin salirse de su parcela, extrapolando métodos y haciendo historias generales encubiertas. Sol Serrano se pregunta si es posible, dado ese cuadro, generar una "historia global". Rolando Mellafe cree que se está en camino de producir una "nueva" historia de Chile, aunque concuerda en los peligros señalados por el Coordinador; se manifiesta optimista para el largo plazo. María Rosaría Stabili se siente inquieta acerca de cuáles son las categorías que están en juego en todo eso. Para Rolando Mellafe la categoría "de moda" es el sujeto, no tanto "la clase"; pero, en todo caso, el historiador no puede tratar las categorías *per se* (como en la filosofía), ni sobreponer "el" método a las problemá-

ticas a estudiar. En este sentido —apunta Isabel Torres—, "el sueño de la Centenaria murió", es decir, es un hecho que las categorías (ideales) no calzan con el dato empírico; hoy parece obvio que hay que buscar primero "toda" la información. Rolando Mellafe: "de acuerdo: el método resulta del juego de la Centenaria y el zapato".

SESION 8:

LA HISTORIOGRAFIA CHILENA EN EL EXTERIOR

Expositor: Gabriel Salazar,

en sustitución de Luis Ortega, que no llegó.

No cabe duda que los problemas nacionales, aunque "competen" a los chilenos, también "interesan" —y no poco— a otros pueblos; a veces por razones de vecindad, pero sobre todo por razones políticas y estratégicas. En numerosas oportunidades Chile se ha convertido en un foco de atención mundial, en especial por sus "experimentos" políticos. Dada esta circunstancia, los vacíos y deficiencias de su producción científico-social han sido claramente percibidos en el exterior. Sintomáticamente, en 1960, el sociólogo Kalman Silvert advirtió (en EEUU) que "Chile es un país insuficientemente estudiado". Sea por esta advertencia, o por otras razones, el hecho es que, desde entonces, un número creciente de académicos norteamericanos y europeos comenzó a investigar la sociedad chilena desde todos los ángulos imaginables. Hacia 1980, la acumulación de estudios "externos" sobre Chile llegó a un ritmo tal que ya había sobrepasado —en cantidad e incluso en calidad— a la producción científica "interna". Es por ello que los intelectuales chilenos que tuvieron que salir a estudiar post-gradúos a Europa o EEUU, advirtieron pronto que se hallaban "retrasados" en el conocimiento científico de Chile, no sólo respecto de las "novedades teórico-metodológicas", sino también, más pedes- temente, respecto de la mera lectura de una bibliografía "indispensable". Tuvieron la extraña sensación de no ser "expertos" sino "neófitos" en el conocimiento de su propio pueblo, pues se tenía más teoría que información. Este conocimiento "externo" se ha generado, por ejemplo, en los 70 centros universitarios que en EEUU están dedicados a los estudios latinoamericanos (en Inglaterra: 26). Además, en corporaciones privadas (la Rand Co., por ejemplo), agencias gubernamentales (USA Department of Commerce), bancos y empresas multinacionales (Banco Mundial), organismos internacionales (FMI, OIT, etc.), corporaciones multieclesiásticas (WACC) y aun agencias secretas (CIA), que comandan investigaciones académicas para consumo propio y donde muchos de los egresados

de los centros universitarios encuentran empleo. La producción científico-social se incrementa apoyada en una poderosa articulación compuesta de: a) "el trust monopolístico de Ph. Ds", que comanda EEUU; b) la bien financiada y desarrollada red de revistas técnico-académicas, que concentra lo nuevo y la discusión teórica; y c) la permanente demanda de insumos informáticos por parte de las agencias de decisión política y estratégica. Semejante máquina compele a los cientistas sociales a ir derecho a las *sensitive questions*, descartando cualquier virtuosismo académico inútil. Para eso es indispensable "formarse" competitivamente en la carrera intelectual, que sólo se inicia después del Ph. D. Ya dentro del esquema, se opera buscando financiamiento para hacer investigaciones "en el terreno" (en Chile). En el terreno mismo, el intelectual extranjero suele hallar "facilidades" de todo orden para llegar a las fuentes de información, las que no son siempre accesibles al investigador local. Esta práctica teórica (pragmática, estratégica y neopositivista) contrasta con la práctica "latina" (especulación, ideologismo, jerga expresiva). El expositor realizó un estudio cuantitativo, tomando como base "todo" lo publicado —con valor académico— sobre Chile entre 1950 y 1978. Halló 2.320 títulos, todos relativos a Ciencias Sociales. Entre otros resultados, encontró que, hasta 1959, el 72% de esas publicaciones se habían producido "en" Chile, pero que, desde 1960, la producción "externa" aumentó su porcentaje del siguiente modo: 53% hacia 1965; 69% hacia 1972, y 86,9% entre 1973 y 78. El predominio extranjero se dio sobre todo en "tesis doctorales" y "artículos" de valor académico. La mayoría de sus autores podría ser clasificada como "liberal" (progresista). En el campo de la historiografía, los avances hechos han permitido cubrir numerosos "vacíos" de larga data, sobre todo en el campo de la "clase dominante" (trabajos de J. Barbier, J. Rector, G. Marcella, Ch. Pregger, R. Oppenheimer, T. O'Brien, C. Menges, J. Carrière, etc.), de la "clase obrera" (J. Morris, P. Peppe, P. de Shazo, A. Angell, etc.), y lo mismo en otros campos. El avance ha sido sustancial en el plano de la información empírica y en la precisión de algunas problemáticas oscuras (industrialización, dependencia, capitalismo minero, políticas económicas, etc.). Los historiadores chilenos en el exterior tuvieron que reajustar su "mentalidad académica", especialmente los que operaron en el área sajona. Debido a esto y a su dispersión, produjeron obras de interés, pero aisladas, sin llegar a constituir una "escuela", como no sea por similitud de "formación". Hasta cierto punto, el trabajo de los historiadores jóvenes en Chile reproduce ese aislamiento y esa dispersión, al paso que

reciben también —desde fuera— la presión por lo pragmático y el factualismo. Es preciso integrar de algún modo las dos vertientes.

DISCUSION

Que está de acuerdo con lo dicho por el expositor —dice Alfredo Riquelme— y que, a decir verdad, "estamos a merced de un mercado académico". José Bengoa estima que es cierto que los historiadores jóvenes en Chile tienden al factualismo, y que de hecho es posible perfilar empresarios y un mercado académicos, esto tiene algo de negativo, pero a la vez ha permitido desarrollar la investigación, en contraste con lo hecho por los viejos académicos, que eran sobre todo profesores y "grandes charlistas". Eduardo Valenzuela considera que este giro hacia la investigación empírica ha traído consigo la crisis de los "paradigmas teóricos de la sociología", obligando a los intelectuales a refugiarse en la historia empírica. María Rosaria Stabili comenta que a ella le ocurrió lo mismo en EEUU, respecto de sentirse "neofita" en el conocimiento de "su tierra", pues la invitaron a abandonar un Seminario para que fuera a "documentarse"; no hay duda que "ellos" trabajan bien y lúcidamente... "pero lo ideológico no muere"; hay que discutir esto a fondo. Angélica Illanes se siente "abrumada", pero cree que esa es, después de todo, una "ciencia utilitaria", frente a la cual hay que levantar "lo propio", pero... ¿qué es lo propio?, lo que nos importa es llegar a "la conciencia del pueblo", donde esa ciencia externa no llega, quiere dejar este problema abierto. Sobre ello interviene Mario Garcés, diciendo que lo que el pueblo demanda es "información histórica", y esto en cierta manera ha determinado una "etapa positivista" entre nosotros, pero es claro que esta etapa debe ser superada; no se trata sólo de "entregar materiales" al pueblo, sino algo más, que puede ser, por ejemplo, tratar teóricamente el problema de "la unidad"; en cuanto a la "historia producida en las universidades", no sirve de mucho. A esto añade José Bengoa que la historia "desde adentro" es parte de una cultura viva, que se opone a la "historia curricular" de los gringos; en este sentido hay mucho por hacer, y para esto es bueno ir con los ojos más abiertos a los datos. "En cualquier caso —acota Alfredo Riquelme— lo que aquí manda es la crisis", y aunque ya no tiene validez la "interpretación global de la historia de Chile", resulta imperativo, por la crisis, "globalizar"; no podemos abandonar el "ensayo histórico". Juan Carlos Gómez y Alfredo Riquelme dialogan luego acerca de si lo que se requiere hoy es, o no, una historiografía de tipo marxista. Pedro Milos descarta, en este sentido, la historia que

"cuelga en los kioscos de diarios", como también las grandes "historias generales", porque lo que se necesita es una expresión que no se agote en la mera publicación, sino que vaya más allá, incentivando...

SESION 9:

HISTORIA ECONOMICA E HISTORIA URBANA

Expositores: Oscar Muñoz y Armando de Ramón

Oscar Muñoz: Dice que, en rigor, él es un "aficionado", no un historiador propiamente tal. En un primer momento se interesó en el análisis histórico por la necesidad de examinar las estructuras sobre la base de tendencia de largo plazo. Había observado ciertas deficiencias en las series construidas por Ballesteros y Davis. La consistencia de las fuentes le permitió construir series a partir de 1914. Ellas le hicieron descubrir que, ya de antes de 1914, existía en Chile un sector industrial bastante significativo. La hipótesis tradicional había minimizado la existencia de ese sector antes de 1930, afirmando que el liberalismo post-1860 había inhibido su desarrollo. Desafió esa hipótesis. En un segundo momento, se interesó en lo histórico para responder a la pregunta sobre el rol jugado en el desarrollo por las políticas económicas y sobre la posibilidad de que el desarrollo industrial surgiera a partir de la expansión del sector primario-exportador. Examinando varios indicadores, encontró que sí era posible, pero dependiendo del rol proteccionista del Estado y de los precios de exportación. Otros autores, lo mismo que él, han desarrollado esta línea de análisis (histórico): C. Hurtado, H. Kirsch y G. Palma, por ejemplo. Actualmente, trata de "poner carne a las hipótesis industrialistas", en el sentido de enfocar con más profundidad un sector social clave: el de los empresarios. Esto conduce al análisis microeconómico y, de nuevo, al de las políticas económicas. Estima que aún hay vacíos que cubrir: el período 1870 - 1920, las relaciones externas de la economía chilena, el problema de los ciclos y fluctuaciones y el de cómo debe introducirse la nueva tecnología.

Armando de Ramón: Su interés en la historia urbana data desde su participación, entre 1965 y 1967, en la elaboración de un Censo de Poblaciones a nivel de todo Chile (de Arica a Castro), y desde su vinculación al grupo de historia urbana encabezado por R. Morse y E. Hardoy. Estima que esta disciplina encubre, en realidad, el estudio de "cosas más profundas". En Chile se desarrolló, vinculada a la transformación de las ciudades, una "ideología urbana", que expresó más bien un ideal de ciudad que una ciudad real. De hecho, en Santiago existía una ciudad cul-

ta (dotada de innumerables símbolos y oropeles) y otra inculta. En la percepción social de la ciudad se incorpora toda clase de símbolos históricos que, con el tiempo, se hacen "artificiales". Personalmente, está interesado en la "ciudad inculta": cómo se generó su expansión y cómo la afectó el proceso de industrialización. Consta que, históricamente, hay un conflicto entre la ciudad real (especialmente la inculta) y la idea de un "orden". Actualmente, está investigando el origen de las "poblaciones" que se formaron a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Este tipo de historia urbana es una forma de denuncia de los problemas sociales, opuesta a una serie de publicaciones recientes, que se refieren a este tópico "románticamente".

DISCUSION

A una pregunta del Coordinador acerca de si el análisis económico mantendría ahora —época de crisis— las tendencias estructuralistas y cuantitativistas propias de los años 60, Oscar Muñoz responde que durante esos años efectivamente se dio un "economicismo", pero que la profundidad de la crisis posterior a 1973 ha llevado a desarrollar una visión más equilibrada: ahora se reconoce la especificidad de lo social, lo político y lo institucional, aunque esto no significa que los diagnósticos propiamente económicos hayan perdido relevancia. José Bengoa, Oscar Muñoz y Armando de Ramón se refieren luego a cuándo, realmente, se inició el proceso de industrialización en Chile y cómo se relacionó con el sector primario-exportador. Alfredo Riquelme pregunta acerca de dónde se desarrolla actualmente la historia económica y la historia urbana en Chile. Oscar Muñoz y Armando de Ramón dicen que en ninguna parte, pues no hay financiamiento institucional, sino sólo esfuerzos individuales, y que, de hecho, se hace más investigación al respecto fuera de Chile que dentro.

SESION 10:

LA HISTORIOGRAFIA CHILENA ACTUAL INTERIOR

Expositores: Angélica Illanes y Mario Garcés

Angélica Illanes: Antes de 1973, e independientemente de la historia tradicional, se desarrolló una historiografía crítica y centrista, que se opuso tanto a las prácticas conservadoras como al "marxismo tradicional". Se privilegió lo económico-social por sobre lo político-cultural. Sin embargo, la mayoría de los historiadores que tomaron este camino desembocaron en la problemática (sin salida) de "los modos de producción". Otros, eludiendo esa variante

marxista, desarrollaron la historia cuantitativa, la demográfica, etc. El año 1973 involucra quiebres que ponen en el tapete una serie de temas nuevos y de intuiciones científicas poco consolidadas. Se observa una fuerte revitalización, sin embargo, de la historia cuantitativa y de la historia política, desprendidas ambas de la tradición marxista. En general, la mayoría de los historiadores de izquierda rechazan hoy toda forma de autoritarismo, fuere político, o teórico-ideológico. Sustentan, a cambio, una sensibilidad social que no descansa, necesariamente, sobre supuestos racionalistas. De aquí el interés por la historia oral, de las mentalidades, por la historia social, etc. Se concede una máxima importancia al sujeto. Esta nueva óptica ha permitido trabajar sobre nuevas realidades: grupos marginales, mujeres, clases medias. Es sintomático que, como resultado de esto, los historiadores tiendan a abandonar su *"refugio colonial"* y que, al mismo tiempo, se conceda una importancia mayor al *"leguaje"* historiográfico. Al mismo tiempo, los historiadores (jóvenes) intentan laborar dentro de equipos interdisciplinarios. Todo esto se resume en el hecho de que se ha producido el quiebre del estructuralismo de los años 60, que fue tan dominante, permitiendo *"la liberación de las temáticas"*. Sin embargo, todo esto está como sobre arenas movedizas. Es preciso pensar acerca de los *"nuevos fundamentos"*.

Mario Garcés: Se va a referir, sobre todo, a su experiencia en lo que respecta a *"la historia como parte de la educación popular"*. Ha constatado que los grupos demandan un mayor conocimiento de sí mismos, lo que plantea la necesidad de recuperar la memoria popular. Esta memoria puede ser convertida en un *"objeto de análisis"*, posibilidad que envuelve instancias educativas, científicas y políticas. La comprensión histórica es siempre comprensión política, pues conlleva *"afirmación de identidad y de autonomía histórica, lo que abre posibilidades de futuro"*. Es preciso definir el rol del historiador (profesional) frente a esto; una investigación historiográfica *ad hoc*. Hay mucho aún por investigar. Existe un *"universo de problemas"* muy determinado por experiencias locales y por la subjetividad de todos, y se requiere convertir eso, válidamente, en un *"universo teórico"* claro, popular, y distinto.

DISCUSION

Eduardo Devés, Mario Garcés, Pedro Milos y Alfredo Riquelme discuten acerca de cómo ha sido la entrega de materiales históricos a través de la educación popular, y de la necesidad de asociar a esa mera entrega alguna forma de

cuestionamiento e investigación. El Coordinador interviene para opinar que, en los últimos años, se ha pasado de un determinado *"universo teórico-estructuralista"* a un *"universo aporético"*, en el que dominan las preguntas abiertas y la sensibilidad social; se vive en una fase de transición que, según parece, llevará a superar el *"universo aporético"*; pero, ¿es la salida correcta postular la construcción de un nuevo *"universo teórico"*?; está el riesgo de que, arrastrados por la búsqueda de una nueva praxis política, caigamos de nuevo en la vieja praxis teórica. Mario Garcés opina que, hoy, en Chile, cualquier quehacer político es *"una apuesta"*; en este sentido, afirmar la identidad y el protagonismo populares es, cuando menos, una garantía; es preciso producir *"saber"*, pero al mismo tiempo se requiere algo más: tal vez un *"diálogo cultural"* mayor. María Rosarí Stabili dice que *"uno tiene que conocer el objeto de estudio no sólo desde su escritorio; hay que ensuciarse las manos"*; agrega que, en ciertos aspectos del conocimiento social, el historiador es insustituible, pero que para una historia centrada en *"los sujetos"* se requiere perfeccionar la metodología, pues se está muy cerca de lo subjetivo. Eduardo Devés declara que está en desacuerdo con todo eso, porque es antropología, y a la historia le interesa el pasado en tanto que tal, y con éste el historiador no tiene relación directa. Un asistente (alumno de la Universidad de Chile) considera que lo que hace el grupo de Garcés es *"historia aplicada"*, que es distinta de la *"historia comprometida"*; lo importante, a su juicio, es que el historiador también estudie lo inconciente y lo estructural, no sólo los sujetos. Alfredo Riquelme y María Rosarí Stabili aluden luego a la legitimidad de utilizar, para una perspectiva histórica, métodos propios de otras ciencias, de lo cual (y de otras razones) podrían resultar no uno sino varios *"universos teóricos"*. Angélica Illanes concuerda con el Coordinador en el sentido de que concentrarse en *"la sensibilidad"* es dar un salto al vacío, del cual no todas las salidas son correctas, sino riesgosas, lo que exige una discusión a fondo para llegar a un *"universo teórico"* consistente. Pedro Milos y María Rosarí Stabili señalan que no es el historiador, tal vez, quien realmente instituye el conocimiento histórico sino, por ejemplo, los pobladores *"que no pueden ser historiadores pero sí activos sujetos políticos"*. Eduardo Devés muestra su disconformidad con estas ideas. Mario Garcés y Pedro Milos destacan el hecho de que el énfasis —en el proceso de conocimiento tanto como en el proceso político— debe ser puesto en el pueblo en tanto que sujeto. Angélica Illanes concuerda con ello (*"la realidad debe estar unida al sujeto histórico"*), pero Eduardo Devés no.

SESION 11:

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Expositores: José Bengoa, Eduardo Valenzuela, Gabriel Salazar

José Bengoa: Ha estudiado el movimiento campesino y la historia indígena, en ese orden. Llegó a la historia porque no es posible explicar la situación del pueblo mapuche sin recurrir a su historia. Los mismos dirigentes reclamaban que querían conocer mejor su pasado. Inició la investigación entrevistando a *"los viejos que sabían más"*, porque intentaba construir una historia desde la misma perspectiva indígena, *"desde el otro lado del Bio-Bio"*, centrada en la identidad mapuche. Los mapuches tienen una poderosa *"historia oral"*, aunque en parte está perdida. Apoyado en este método, ofreció a los indígenas el trabajo hecho, *"pero a los dirigentes no les gustó la versión popular: querían saber más"*. Hubo que ir a archivos y redactar académicamente. Se presentó el problema de empalmar una historia oral que no tenía fechas sino cierta circularidad, con una cronología documental (*"¿cómo traducir las tradiciones a fechas sin hacer alguna maldad?"*). El cotejo con las fuentes documentales permitió establecer una correspondencia notable con la tradición oral.

Pero los indígenas *"no se reconocen"* del todo en su historia, versión académica. Una motivación semejante le llevó a trabajar la historia campesina según la identidad social y el movimiento de los mismos campesinos. Aquí se encontró con un problema diferente: el movimiento campesino, en sí mismo, es recurrente, en el sentido de que se compone de una serie de masacres. Es necesario contextualizar históricamente esa serie, pero es difícil salir del círculo. Es esto lo que lo ha conducido a examinar el problema de la *"dominación agraria"*, que es lo que ahora trabaja.

Eduardo Valenzuela: Es un sociólogo que recurre a la historia. En esto ha incidido el hecho de que se vive una crisis profunda que trajo consigo el *"quebre de nuestras certezas"*, a lo que se ha sumado la crisis de la teoría (y del primado) de la sociología, especialmente de sus variantes nominalistas y estructuralistas. Se intentó una *"reconstrucción romántica de la historiografía"*, con eje en figuras sociales del movimiento popular. Fue un retorno a la historia sin la presencia de historiadores profesionales, y una réplica al determinismo estructuralista. Se preocupó del *"movimiento estudiantil"* cuando éste tenía *"7 años de inactividad"*. Así, constató la desintegración de los movimientos sociales en Chile, lo que lo alejó algo del romanticismo inicial. Hubo que profesionalizarse y *"terminamos más acá del Bio-Bio, académicamente"*, peleando en el

fondo, por la posesión del Estado. Pone énfasis, con Góngora, en la primacía del Estado sobre la Sociedad. Pero existía, de todos modos, un vacío, del cual partían muchas opciones: a) desarrollar una historiografía escéptica, sin sujetos, centrada en la decadencia de las tradiciones de lucha del pueblo; b) incurrir en una historia positivista, de fabricación de hipótesis, y d) hacer una historiografía militante (que le desagradó). La sociología se ha abierto un camino a la historia que es alterno a la sociología de los sistemas. Pero esto es poco definitivo. Hay posibilidades de combinación que es preciso pensar mejor.

Gabriel Salazar: Se abocó al estudio del movimiento social del *"bajo pueblo"* durante el siglo XIX, en un intento por percibirlo desde el interior de su identidad. Esto involucró al propio historiador. Esta perspectiva no objetivista le obligó a utilizar toda clase de fuentes y toda clase de métodos. Buscó desarrollar *"la descripción-explicación, que conlleva la teoría impidiendo la reificación teoreticista"*. Se trata ahora de volcar los resultados al pueblo mismo. El problema es cómo. Hay muchas vías, pero todas parecen converger, en definitiva, a la más tradicional de todas: la educación, la palabra, la clase.

DISCUSIÓN

María Rosarita Stabili estima que *"la crisis"* ha sido positiva, en el sentido de que ha proporcionado a los historiadores la posibilidad de enfrentarse (y jugar con) múltiples perspectivas. Angélica Illanes no cree que pueda existir una *"historiografía escéptica, sin sujetos"*, porque en todo movimiento social (aun si no se mueve) hay siempre un *"sujeto"*; que son nuestros propios *"valores"* los que nos permiten reconocer la presencia de un *"sujeto histórico"*; por lo tanto, el recurso a la historia no puede ser un mero instrumentalismo, sino una inmersión. Alfredo Riquelme agrega a ello que el desastre estructural y la desilusión ideológica pueden conducir al escepticismo, pero es preciso recordar que la identidad es cambiante y nadie debe desesperarse por ello. Eduardo Valenzuela responde que, a su juicio, todas las alternativas que se barajan (el marxismo mínimo, la historia como vengas, etc.) no tienen, en último análisis, utilidad alguna; que se está de hecho viviendo un período escéptico, tanto en lo teórico como en lo político, aunque lo valórico mantenga alguna vigencia. Patricio Valdívieso, el Coordinador y Mario Garcés, se refieren luego al hecho de que es preciso superar ese escepticismo, que en el fondo conduce a un pesimismo desalentador, y que para ello existen varias salidas, tanto sociales, como políticas e ideológicas, aunque es cierto

que es preciso desarrollarlas. Angelica Illanes se pregunta si el "encuentro" entre el investigador y el pueblo puede reducirse sólo a la "docencia". A esto acota José Bengoa que ese "ecuentro" es relativamente inmanejable por parte del investigador; de hecho, hay una disputa política por el control del pasado; estima que el escepticismo (tipo "refugio en la historia") es tan peligroso como el positivismo de los Ph. Ds; la salida a esos riesgos es la construcción (política) del futuro, en el entendido de que esto no envuelve restaurar la hegemonía del panfletismo; el análisis histórico debe conectarse hacia adelante. Un asistente (anónimo) rescata lo dicho por Valenzuela, en el sentido de que el Estado es, en esta situación, una categoría relevante; que "hay que pensar misticamente el sujeto nacional" y que los sociólogos deberán contribuir a la reconstrucción de los sujetos sociales.

SESION 12:

LA HISTORIA POLITICA ACTUAL

Expositor: Tomás Moulian

Esta es su oportunidad para titularse de historiador, pues es sociólogo. Se orientó a la historia política desde el terremoto político de 1973. Trabajó el período de la Unidad Popular, por una necesidad de saldar cuenta con los fantasmas del pasado, utilizando como base una prolija cronología y el análisis de coyuntura. Define coyuntura como una modificación, en el corto plazo, del campo político de fuerzas. Luego de este estudio, se abocó al estudio de la evolución de la Izquierda, desde 1933, poniendo especial énfasis en el porqué de la entronización del marxismo. Debíó trabajar el problema a dos niveles: uno de élite, y otro de cultura popular. Más tarde, inició el estudio histórico de la Derecha, aunque no muy sistemáticamente. Esta vez operó sobre la base de "monografías sobre aspectos reveladores". Isabel Torres hizo un trabajo complementario sobre la mentalidad de la Derecha hacia 1919, porque, teóricamente, la "mentalidad" es distinta de la mera "ideología", pues aquella está a un nivel semi-conciente y sub-ideológico. El problema resultó más complicado de lo que parecía. También de modo complementario, ha estado examinando las candidaturas derechistas, desde G. Ross en adelante, poniendo énfasis en las razones que llevaron a su postulación. En su trabajo no ha habido ninguna pretensión teórica, acaso como efecto de su "conversión" a la historia. En cuanto al marxismo, estaría por su recuperación, pero no para repetir a Jobet o Ramírez. Se requiere, hoy, más reflexión, la que no quiere hacer aún. Piensa que, por de pronto, se necesita

monografías sobre el siglo XX más bien que historias generales. Se confiesa un sociólogo viejo que ha devenido historiador joven.

DISCUSION

María Rosarí Stabili pregunta por qué se optó por el plazo corto y el coyunturalismo. Porque —responde Tomás Moulian— la perspectiva de largo plazo tiende a mostrar a 1973 como una tragedia ineluctable, en circunstancias que, en su opinión, se dieron varias oportunidades para cambiar el rumbo a esa tendencia; esto explica su "politicismo"; reconoce que el corto plazo no basta como perspectiva sobre los problemas. Varios asistentes discuten luego acerca de si esa opción metodológica se debió al fracaso de la sociología o si ella encubre de algún modo la vieja opción "teórica" de los sociólogos. Tomás Moulian dice que tiene vacilaciones teóricas, especialmente con respecto al problema del Estado, pues la Izquierda sostiene en este punto un doble standard: en los hechos, es estatista; pero en el discurso, es anti-estatista. Angelica Illanes, Sol Serrano y Alfredo Riquelme aluden luego a las opciones políticas que Moulian ha hecho tras sus opciones metodológicas, y a los objetivos políticos que en realidad mantiene; que debe hacer su "psicoanálisis" frente a todos. El aludido responde que él acepta el marxismo en tanto forma parte orgánica de la cultura popular, pero que la Izquierda (pequeño-burguesa) sigue siendo "irracionalmente marxista"; en verdad, las élites operan sobre e influyen en la cultura popular. José Bengoa y otros asistentes se refieren luego a cómo el marxismo ha tendido a asumir un carácter semi-místico dentro de ciertos partidos de izquierda. El Coordinador dice que, dado que la historiografía compone, en definitiva, un discurso, cabe preguntar a quién va dirigido; si el marxismo forma parte de la cultura popular, cabe modular un discurso específico en esa dirección, pero ¿cómo dirigirse a la "clase política de izquierda" y a los patriarcas del movimiento popular?; ¿cómo debe ser este discurso? Tomás Moulian concuerda en que existe una élite de izquierda que tiene una cultura política diferente a la de masas; como que hay una clase sacerdotal y el pueblo; sostiene que la élite produce cultura política, pero que es sincrética, destinada a las estrategias globales; considerando el caso de los cambios tácticos del PC, se pregunta si allí es la organización o la cultura política la que determina esos cambios. José Bengoa estima que la fuerza orgánica del PC, es, en el fondo, una fuerza cultural, que el PS teme y envidia. Alfredo Riquelme y otros asistentes sostienen

qué la élite de izquierda no reflexiona sobre su experiencia específica, sino, más bien, sobre la "*historia universal*", especialmente de Europa. Tomás Moulian concuerda en que la élite "*devora teorías extranjeras*", y dice que el marxismo sobrevive en las relaciones que existen entre esa élite y la cultura popular; lo que ocurre es que, en las crisis, tales relaciones se desarticulan. Lo que deja la lucha de clases al desnudo. Varios asistentes dialogan luego sobre si la crisis involucra sólo al sistema político o incluye también la estructura social, y en este sentido se preguntan cuál sería la dirección del discurso político. María Rosaria Stabili siente que se han acumulado muchas

ideas, que es preciso ordenar; pues, por ejemplo,  c mo se pasa, metodológicamente, de un sincretismo a otro?,  coinciden todos los marxismos?,  c mo examinar de un modo metodológico adecuado las relaciones entre "* lite y pueblo*"? Eduardo Valenzuela estima que, dentro de la cultura popular, coexisten dos grandes tendencias: la cultura comunista (que no es marxista) y otra pentecostal, dentro de las cuales se ubica una religiosidad popular católica (un culto mariano); hay un evidente sincretismo. María Rosaria Stabili se queja de que, en virtud de esa cultura popular, a ella no le permitieron entrar a la mina de El Teniente, por ser mujer. . .